

momento crítico de la preparación para predicar no se lean ni estudien estos modelos por buenos que sean, pues reconcentrándose en estos momentos la atención en la materia del discurso, le perjudicaría. Y continúa este autor: «La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginación, ó enfrena los arranques del corazón, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven orador.»

Tengan, pues, los jóvenes amantes de la elocuencia sagrada, bien presentes estas reglas. ¡Cuántos de ellos han malogrado su talento sepultándolo bajo el rigor del molde de la imitación servil, cortándose á sí mismos las alas impidiendo su propio vuelo, ó por pereza en la composición, ó por no haber atendido á estas provechosas reglas! «Todos los días, dice el Sr. Bravo y Tudela, se oyen discursos íntegros ó grandes fragmentos de sermones muy conocidos, y cuyo contenido disuena en los que de ellos se sirven y en el lugar en que se pronuncian; contra este abuso tan lamentable se han escrito innumerables pastorales, y continuamente claman en este sentido los amantes del esplendor del púlpito.»

LIBRO II.

DISPOSICIÓN.

LECCIÓN X.

Disposición ó plan del discurso.

142. Después que el orador ha ido recorriendo las fuentes de la *Invención*, recogiendo todos aquellos materiales que ha juzgado necesarios para su obra, conviene meter mano á aquel informe montón de tanta variedad de cosas, clasificándolas, disponiéndolas y arreglándolas para aquel fin que se propone, poniendo cada cosa en su lugar correspondiente, así como el general ordena y coloca las fuerzas de su ejército para librar la batalla y conseguir la victoria. A esta operación llamaron los antiguos *Disposición*, que los modernos llaman *Plan del Discurso*, que es determinar el objeto que uno se propone; y más cuesta por lo común fijar este plan que el componerlo, como lo demuestra la práctica.

143. ¿Habeis ya meditado bien sobre la materia, profundizado bien los principios, visto el fondo de vuestro asunto, considerado sus consecuencias prácticas y sus más notables relaciones? «Es aquí que el arte empieza, dice el cardenal Maury. Es tiempo ya de fijar vuestro plan; y es casi siempre la parte que cuesta más trabajo al orador, y que

tiene más influencia sobre el éxito del discurso. Toda su gloria depende de este primer orden ó disposición del cuadro. El plan debe abrir un vasto y fecundo campo á la elocuencia. Si es demasiado circunscrito os coloca fuera de vuestra materia, en vez de colocaros en el centro del asunto.» De aquí es que el orador fácilmente puede extraviarse y extraviar la atención de los oyentes si para fijar un plan y ejecutarlo no tiene presentes las siguientes reglas:

144. 1.^a Regla. Desde el momento que se ha acertado á trazar un plan natural y sencillo, ya puede asegurarse que se ha entrado en un camino llano y espacioso, por el que se marchará rápidamente y sin temor.

145. 2.^a «Sola la *meditación* de la materia puede inspirar un plan acertado, dice el Dr. Martínez, porque no sólo comprenderá los principios de donde fluyen las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente, y no necesitará buscarlas en riachuelos como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugería la composición nos han descubierto un plan más acertado que el primero!»

146. 3.^a La *unidad* es cualidad esencial, sin la cual no podría existir un buen plan. La unidad agrada al hombre, y es, según San Agustín, la forma de la belleza: *Cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit*. Unidad de partes, que haya un perfecto enlace y trabazón; unidad de miras, en que todo converge á su centro, y con esto resulte un discurso compacto y sólido. Lo que hace fuerte y vigoroso al cuerpo humano, dice á este propósito Quintiliano, es la unión y perfecta correspondencia de todos sus miembros. No debe causarnos pena desechar animosos cualquier idea que no quepa en nuestro plan, ó pueda romper su unidad. Es notable esta sentencia de Fenelón: «En un discurso no debe haber nada, absolutamente nada, que pueda ser cortado sin tocar á lo vivo.»

147. 4.^a Debe una *idea culminante* que abrace todo el asunto dominar en todo el plan, y á la cual se deben referir las ideas secundarias ó accesorias. Determine el predicador claramente el punto al cual se dirige, y el pensamiento que

quiere desenvolver con precisión y exactitud, circunscribiéndose á los verdaderos límites y descartando las ideas vagas é indeterminadas, y entonces esta idea culminante presidirá la *unidad* de su trabajo y acción, que vendrá á formar un todo homogéneo, robusto, sencillo y cuyos pensamientos van al fondo de la materia, formando un poderoso foco de luz y calor para persuadir el entendimiento y rendir el corazón humano, con el favor de la gracia divina.

148. 5.^a El discurso debe *aumentar* siempre en interés, calor y vida; cada idea debe ser fecunda en otras parecidas que den más fuerza y energía al discurso, y vaya éste progresando en animación y grandeza, á manera de río caudaloso que siempre va engrosando con nuevos arroyos. El paso vacilante de un predicador que no ha preparado bien su discurso causa impresión desagradable. Recordando en una ocasión San Crisóstomo á sus oyentes cuál se había ido excitando la moción en el corazón de los mismos á medida que aumentaba en interés una homilía que les predicaba, les decía: «Al principio permaneciais casi insensibles; mas cuando mi oración fué adelantando, y la argumentación recibió todo su desarrollo, me oíais con gran placer; vuestros entusiasmos llegó á su colmo y prorrumpísteis en aplausos estrepitosos.»

149. 6.^a Es de alta importancia que el plan tenga una *extensión proporcionada*: si no la tiene suficiente, el orador no puede entonces explanar debidamente las ideas, ni la elocuencia puede desplegar sus alas majestuosas; si la extensión es desmesurada se resentirán sus fuerzas físicas al pronunciarlo, y se llegarán á aburrir y fastidiar los oyentes: «y bien sabido es, dice muy acertado el Sr. Martínez, que el orador que no agrada, falta á una de las condiciones esenciales de la elocuencia.»